

# El Goethe de mi otoño

(Continuación)

LOS «PREPÓSITOS» DEL DEMONIO



ahora sin olvidar lo que acabo de decir, detengámonos por un momento más, junto a las seudo ciencias que giran alrededor de Satán. Pero no penséis, como muchos, que son éstas simples disfraces de charlatanes o artimañas de listos para burlar la ingenuidad de los desprevenidos. Abundan los ejemplos que prueban lo contrario. Citaré sólo algunos.

Felipe-Aureolo-Teofrasto-Bombatio de Hohemheim, que hiciera célebre su nombre de *Paracelso*, médico de los más ilustres de su tiempo, no titubea en afirmar, con toda solemnidad, que posee la piedra filosofal, regalo que le hiciera un abate bizantino durante su estada en Constantinopla. Cuenta, además, que es dueño de un secreto para preparar un «elixir de vida», mediante el cual puede prolongarse la existencia por más de medio milenio... Y la gente le cree a pie juntillas aunque el propio Teofrasto, des-

diciendo con ello las virtudes de su *elixir*, muere a los 47 años...

Otro médico famoso, *Jorge von Wald*, discípulo de Paracelso, sostiene haber descubierto un remedio para todas las enfermedades, la «panacea universal», conocida en Alemania, en el siglo XVI, con el nombre de «panacea Waldina». También le creyeron.

Pero la idea general de los pueblos, fué que estos prodigios no tenían origen celeste sino que, a la inversa, eran originados por el Diablo. Y no sin cierta razón... ; pues, en la décimasexta centuria, es un mundo de magos y «paracelsistas» los que declaran *urbi et orbi* estar en posesión de la panacea universal, tener la fórmula que permite la transmutación del plomo en oro y ser dueños del secreto pitagórico por el cual el hombre puede imponerse a voluntad sobre la ciega naturaleza de los elementos... secretos todos estos que, para el raciocinio popular, sólo pueden resolverse mediante las fórmulas indevotas de la Magia Negra. Además, no es creencia *folklórica*, sino creencia *sabia* y general al mismo tiempo, que el universo está poblado de espíritus sutiles girantes en torno nuestro, espíritus que, a veces en forma disparatada, a veces en maravilloso concierto, influyen en nuestros destinos individuales. El mismo Paracelso había enseñado a sus discípulos que «Dios creó las ninfas, las náyades, las melusinas, las sirenas, para poblar las aguas; los gnomos, los silfos, los espíritus monteses y los enanos para habitar las profundidades de la tierra; y las salamandras para vivir en el fuego». «Todo—continuaba—procede de Dios. Todos los cuerpos son animados de un espíritu astral, del cual depende su forma, su figura, su color».

A poco andar, naturalmente, y a pesar de su mara-

viloso genio intuitivo, este grande hombre cae, como la mayoría de los físicos de su tiempo, en las divagaciones y supercherías de la Nigromancia. «Cuando formáis una imagen de cera y la enterráis y cubrís de piedra—escribe—proyectando sobre ella la voluntad de vuestro espíritu, en contra de la persona representada por dicha imagen, es sabido que esa persona será atacada de ansiedad, especialmente en el sitio aquel sobre el cual habéis acumulado las piedras, no quedando libre de su angustia hasta que su imagen no es desenterrada. Igualmente si durante esas pruebas se rompe una de las piernas de la imagen de cera, la persona viva representada sufrirá la misma lesión. Y otro tanto si se trata de heridas, pinchazos y demás afecciones semejantes» (1).

Según Paracelso, la razón de esto hay que buscarla en el poder de la Nigromancia, «de la cual provienen todas las cosas en Fuerza y origen».

Pero, aunque las enseñanzas de la investigación científica se confunden en el rodaje empírico con las prácticas de la Magia Negra—que intervenía, insisto, en la casi totalidad de las experiencias físico-químicas a la época de la Reforma—los filósofos y teólogos de aquel entonces muy raras veces demuestran repugnancia por este maridaje. El mismo Lutero—«El santo hombre de Dios» como lo llamaban sus catecúmenos—afirma en sus *Coloquios*, que la ciencia de la alquimia es la verdadera filosofía de los magos, a la que él tiene en muy alta estima «no solamente a causa de su grande utilidad—puesto que ella tiene el secreto de transmutar los metales, de separarlos y purificarlos—sino, también, a causa de sus símbolos y

---

(1) *Paracelso: Ob. comp.*; p. 114. Ed. Kier, Bs. Aires, 1945.

de sus interpretaciones místicas, que son extraordinariamente bellas, sobre todo las que se refieren a la resurrección de los muertos y al juicio postrero».

Tanto como hoy se venden *complejos vitamínicos* para sanar todas las enfermedades, y se repletan los estantes de las droguerías internacionales con balumbas de productos farmacopeicos inflados por una propaganda sensacionalista, vendíanse, en tiempos de la Reforma, los elixires y los medicamentos milagrosos, a más de las mil recetas con que la alquimia de esos aledaños de la Historia prometía el oro y el moro a la supersticiosa mentalidad de aquellos años.

Es cierto—como ya lo dije—que algunos espíritus más o menos liberados oponen la fuerza de sus razonamientos lógicos a esa «prelógica» del fanatismo ambiente; es verdad, así mismo, que una parte del sacerdocio europeo, eleva su voz en contra de esas demasías. Laméntanse con palabras entriscadas algunos de aquellos varones de «élite», impugnadores de la bazofia mental, de tanta credulidad malsana que los rodea. «¡Cristianos!—grita admonitoriamente a sus compatriotas el indignado Breitkopf (1)—¡Lanzad todos los libros de este género (*de alquimia*) que tengáis en vuestros hogares; economizad las monedas que dispendéis en ellos; desconfiad de todos los vendedores de secretos, pues lo único que pretenden es haceros caer en engaño con sus pretendidos remedios. Si la autoridad tuviese conciencia de sus deberes, vigilaría de cerca a esos inútiles y harto numerosos bribones, verdadera plaga nacional que, por sus escritos mentirosos en prosa y verso, y por la práctica

---

(1) Leonardo Breitkopf, célebre predicador alemán.

de su pretendido arte, explotan la credulidad de los simples».

No escaseaban, tampoco, las sátiras o críticas acerbas en contra de ese comercio obscuro patentizado, subrepticionalmente, por alguno de los símbolos numerosos del mito satánico, como los «afrodisíacos» y los «ungüentos» virilizantes... Pero la ola de la superstición popular resultaba más poderosa que la crítica positiva y no era fácil esquivar su formidable impulso. De ahí el esfuerzo sobrehumano que tuvo que hacer la química naciente para desprenderse del imperio de la alquimia; y el trabajo en movimiento retardado que tuvo que hacer la adusta matemática sideral para sacudirse de la tutela milenaria que le impusiera la astrología.

Un ejemplo: Juan Keplero, varón eximio entre los más ilustres que han honrado el mundo de las ciencias, tuvo, para ganarse el pan, que publicar calendarios astrológicos con anuncios y predicciones de hechos notables que «tendrían que realizarse en un próximo futuro...» Es cierto que junto con esta subordinación intelectual que prestaba al medio ambiente de su época, Keplero desfogaba su indignación de sabio escribiendo en sus *Tablas Rudolfinas* notas como la que sigue: «¡La astrología es una hija bien loca! Pero, ¡señor Dios! ¿cómo su madre, la sabia Astronomía, podría vivir sin esta extravagante! El mundo es aún más imbécil que ella y tan imbécil, que para permitir la subsistencia de su venerable madre, la hija loca ha tenido que llegar a estos engaños, a este enredo de la buena fe de los hombres por medio de sus mentiras y faramallas» (1).

---

(1) R. Wolf: *Astronomía*. T. XVIII, p. 82; Munich, 1877.

¿Pero en qué consisten estas mentiras? ¿en qué estas faramallas?

Sin vacilar puedo decir que ellas estriban en mantener un error de perspectiva... Enseña la Astrología que los astrós ejercen directas influencias sobre los destinos humanos, y que algunas de estas influencias pueden ser determinadas, mediante un cálculo seudomatemático de la posición planetaria en el minuto del nacimiento de la persona cuyo horóscopo se estudia, adentrándose con ello en el descubrimiento del porvenir. Meditad ahora en que en los albores del pensamiento científico *todo era pseudociencia*, y tendréis que convenir, naturalmente, que no fué tarea fácil discriminar la Astronomía de la Astrología. Pues bien, por estos motivos en el Oriente clásico empleábase una u otra denominación para designar el mismo estudio (1).

Mientras *Astrología* y *Astronomía* caminaron hermanadas, aquella tuvo, sin duda, una importancia indiscutible. Como en los colores del arco iris, confundíanse con finos matices los deslindes de sus respectivas zonas.

Los astrólogos al ocuparse en sus observaciones de la posición de los cuerpos celestes, aportaban un bagaje de utilísimos datos para la marcha de la ciencia referida al estudio del firmamento; pero al empirismo de estos rastreadores de la bóveda celeste que podríamos llamar *científicos*, vino a unirse, en el transcurso de los siglos, la superchería de los astrólogos denomi-

---

(1) La etimología de las palabras *Astronomía* y *Astrología* es más o menos idéntica, pues mientras la primera denominación significa: «ley de los astros» (de los vocablos griegos *astrum*, astro; y *nomos*, ley) la segunda se traduce por «tratado de los astros» (del gr. *astron*, astro, y *logos* tratado).

nados *judiciarios*, nombre que así les daban por la pretendida calidad que se atribuían, de conocer los juicios del Destino sobre los sucesos del porvenir.

Parece que esta clase de Astrología tiene nacimiento en la Caldea, pero luego se extiende en muchos pueblos del Mundo Antiguo, hasta invadir Grecia a Italia desde donde se filtra a las sociedades todavía informes de lo que más tarde iba a ser la Europa Medieval. Sin embargo, al pasar a tierra de los helenos y a Roma, la Astrología cambió de carácter, pues mientras en Caldea y Egipto era ella el privilegio de una casta, en Italia y Grecia sufre las consecuencias de la libertad de pensamiento (la más *extrema* que se conocía hasta aquel entonces) la cual al someter esas ideas a prueba de discusión amplia, abre las posibilidades al pensamiento verdaderamente científico para que se imponga a la postre, aunque esa ocurrencia demore...

Y demoró. El misterio del Futuro atrajo de continuo al Ensueño y la Fantasía a los bordes de su abismo insondable. Por eso siempre convino alejarse de tan escabrosas laderas donde nada pudo obtenerse jamás de no ser los mareos del vértigo. Pero no debemos enseñarnos con palabras crueles, ni tampoco con malsana ironía, en contra de la pléyade que, sacudida por el terror de lo Absoluto, hizo del ocultismo astral fuente posible de investigación para aliviar las dudas que corroen el corazón de la Humanidad. Maestros como Bouché-Leclerc, con toda la responsabilidad de su prestigio universitario, no titubearon, en defensa de este punto de vista, de escribir juicios como el que sigue: «*la Astrología no es una superchería popular: sus dogmas han sido forjados en Grecia como en Caldea por una élite intelectual y defendida por ellos,*

durante siglos, contra el asalto de los dialécticos» (1). No suscribimos esta defensa, pero tampoco justificamos el oprobio que trata de arrojarse sobre la inquietud religiosa que la Astrología entraña para la élite a que Bouché-Leclerc se refiere.

Antes de que la Astronomía Matemática desplazara a la Astrología, los estudios *genethliáquicos*—o consultas de los astros para determinar el destino de los recién nacidos—eran un procedimiento obligado (a pesar de las fulminaciones de los Padres de la Iglesia y de los Concilios) para cuanto de ilustre y superior, en el orden político y literario, fundamentaba el orgullo de los pueblos de Occidente. Ni los católicos Reyes de Francia se avenían, en este sentimiento—¡ni en muchos otros!—a las prescripciones de sus obispos. «Consultábase a los astrólogos—anota Voltaire—y se les creía. Todas las historias de aquel tiempo, comenzando por la *Historia del Presidente de Thou*, encuéntranse repletas de predicciones. El grave y severo Duque de Sully nos cuenta las que le fueron hechas a Enrique IV. Esta credulidad, infalible señal de la ignorancia, encontrábase tan acreditada que se juzgó indispensable tener oculto un astrólogo cerca de la alcoba de la reina Ana de Austria al producirse el alumbramiento del Rey Luis XIV. Mas lo que apenas se puede creer y, sin embargo, así nos lo cuenta el abate Vittorio Siri, autor contemporáneo muy instruído, es que a Luis XIII (padre del anterior) se le había dado desde su infancia el sobrenombre de *Justo*, por haber nacido bajo el signo de la Balanza» (2).

(1) *La Astrologie Grecque* (París, 1899), p. 66 (nota).

(2) *Siècle de Louis XIV. Oeuvres compl. de Voltaire*, Edit. Aux Bureau du Siècle, París M. DCCCXVIII. Ch. II, p. 372.



Lo que Voltaire no dice—pero hay que indicarlo para enriquecimiento del relato,—es cuál era la importancia del astrólogo ocupado para ese menester; dato que para feliz satisfacción de mi curiosidad, encontré leyendo un eruditísimo estudio de Alfredo Franklin. Sostiene Franklin que ese astrólogo era el sabio *Juan Bautista Morín*, a quien se deben las primeras investigaciones serias sobre la determinación de las longitudes y que fué titular de cátedra de matemáticas en el Colegio de Francia. «Los más grandes señores—nos informa el eminente investigador—venían a solicitarle la confección de su horóscopo. Este personaje es el que Moliere lleva a la escena en *Les Amants magnifiques* con el nombre de astrólogo *Anaxar*. El Dr. Vatiez, médico de cabecera de Luis XIV, tuvo la idea de crear, para favorecerlo, el cargo de astrólogo de la Corte, adjunto al del médico de cabecera. Este proyecto no se llevó a cabo. Pero Vallot, sucesor de Vatiez, que era un adepto ferviente y esclarecido de la ciencia astrológica, necesitando de él vino en su ayuda. Desde entonces, a principios de cada año anunciaba al Rey cuáles serían, en el curso de los próximos doce meses, las principales enfermedades de que debía precaverse; «predicciones fundadas—afirmaba el médico—sobre su experiencia y su conocimiento de los astros» (1).

Queda establecido, pues, que la creencia en los signos estelares fué cosa aceptada, hasta los umbrales de la Edad Moderna, por los sectores mejor conceptuados de la humanidad, sin perjuicio de que durante siglos deba considerarse como «ciencia integrante de muy conspicuos conocimientos entre los alcanzados

---

(1) A. Franklin: *Les Médecins* (París, 1912), p. 214.

con mayores dificultades por la inteligencia del hombre...» (*Bouché-Leclerc*). Lo cual, por cierto, no me impide repetir que, en la misma época en que tales creencias imperaron, espíritus sutiles e iconoclastas se reían a gritos de tales afirmaciones. El propio Voltaire, que acabo de citar, nos da prueba de ello en una nota de fina ironía, la cual no es posible eludir en gracia de quienes lean estas páginas. Dice:

«Uno de los más famosos matemáticos de Europa, Stoffer, que floreció a últimos del siglo XV y a principios del XVI, y trabajó muchos años en la reforma del calendario propuesto en el Concilio de Constanza, predijo que sobrevendría un diluvio universal al año 1524. Este diluvio debía llegar en el mes de febrero, cálculo probable, porque Saturno, Júpiter y Marte se encuentran entonces en conjunción en el signo de los peces. Quedaron consternados todos los pueblos de Europa, Asia y Africa, que se enteraron de esa predicción, esperando el diluvio, a pesar de ver el arco iris. Algunos autores contemporáneos, refieren que los habitantes de las provincias marítimas de Alemania se apresuraron a vender las tierras que poseían, baratísimas, a los que tenían más dinero que ellos y menos credulidad. Cada uno de los habitantes de esas provincias compró un buque para que le sirviera de arca. Un doctor de Tolosa, que se llamaba Auriol, mandó construir una gran arca para él, su familia y sus amigos y se tomaron las mismas precauciones en gran parte de Italia. Pero llegó el mes de febrero y no cayó una sola gota de agua. Nunca se vió un mes tan seco y los astrólogos quedaron en la berlina. A pesar de esto no se desanimaron, y el público siguió teniendo fe en ellos. Casi todos los príncipes siguieron consultándolos. No tengo yo el honor de ser príncipe, y a

pesar de esto, el célebre conde de Boulanvilliere y el italiano Colonna, que gozaba de gran fama en París, me predijeron que moriría infaliblemente a la edad de treinta y dos años. Pero yo he tenido la malicia de engañarles hasta ahora durante más de treinta años, y les pido humildemente que me perdonen» (1).

Si esto era en el siglo XVIII, podemos imaginarnos lo que sería en épocas anteriores. Pero nunca están de más los ejemplos y quiero recordar aquí el del rey Carlos V de Francia, muy crédulo en los augures y al cual debió París la fundación de un *Colegio de Astrólogos*. ¿Y qué decir de Luis XI? Sábese que este monarca nunca dejó de consultar las estrellas ni siquiera para los eventos mínimos de su vida cotidiana. No siempre, sin embargo, tales consultas lo dejaron satisfecho, como en el caso del Duque de Borgoña, uno de sus mayores enemigos, a quien, para los fines de su política zigzagueante quiso atraerse e incorporarlo al grupo de sus incondicionales. Para el efecto antedicho, pidió el Rey consejo a los astros, los cuales por intermedio del italiano Galeotti, su astrólogo oficial, le profetizaron que todo le iría a pedido de boca. Creyó el Rey al pie de la letra lo que las estrellas le decían, y fué a entrevistarse con el Duque de Borgoña, no sin antes haberse premunido de un salvoconducto. Pero el Duque, que era tan felón o todavía más que el propio Luis XI, apenas tuvo al monarca al alcance de su mano, lo hizo rodear de esbirros con el ánimo decidido de convertirlo definitivamente en su prisionero. Nunca Luis, hasta aquel entonces, había pasado por momentos más angustiosos; para salvarse tuvo que repartir el dinero a manos llenas y firmar,

(1) Voltaire: *Diccionario Filosófico*; ver la palabra «Astrología».

por último, para obtener su libertad, el vergonzoso convenio llamado de Perona.

Es verdad, que vuelto a sus lares, nada de lo que firmó—como era su costumbre—lo dió por escrito, es decir por oleado y sacramentado. Pero ni aquí se detiene su cólera: el vejamen sufrido lo hace imaginar un castigo ejemplar para su astrólogo, ya que no puede vengarse en las estrellas mismas, causantes de su mal paso. Hácelo, pues, llamar, previa instrucción a su ayuda de cámara, a quien instruye como sigue: —«Si yo digo: «*Hay un Cielo sobre nosotros*», Galeotti, al instante, debe ser llevado a la horca; pero si en vez de estas palabras uso la frase «*Id en paz*», tú, camarero, has de darle el paso dejándole que se retire sin que nadie le toque un pelo».

Dadas estas órdenes, Galeotti es llevado a presencia del Rey, y Luis XI le habla así:

—«Compadre, tú que tanto conoces el futuro ¿podrías ilustrarme para cuando está señalada la hora de tu muerte?»

Con el hielo del susto hasta en la médula, el italiano no pierde, sin embargo, el dominio de su inteligencia.

—«Sire—le responde—mi ciencia no me permite precisar la fecha, pero los astros me han advertido que yo moriré tres días antes que Vuestra Majestad».

Pálido y con más miedo que el propio astrólogo, Luis XI acompaña a Galeotti hasta la puerta de su gabinete, y con voz fuerte y repetidamente lo despide golpeándole la espalda: *Id en paz... Id en paz... Id en paz...*»

El ayudante de cámara, taladrado en ese instante por los ojos saltones del Soberano, se cuadra rígido. Luego, muy ceremonioso, conduce al astrólogo hasta

la puerta de salida y se inclina en una profunda reverencia...

Al margen de la Astrología abundaba, también, el bosquejo interminable de las pequeñas supersticiones: quiromancia, cartomancia, interpretación de los sueños, artes adivinatorias en general y, asimismo, las mil formas inverosímiles de la *medicina natural* o arte de curar las enfermedades por la aplicación ocultista de los llamados «secretos de la Naturaleza».

¿Y la medicina clásica?

Tampoco estaba muy lejos de la superchería. En términos generales puede decirse que las escuelas médicas tuvieron su origen en los templos. El primero de esta clase en la Civilización de Occidente se erige en honor de Esculapio unos 1,184 años antes de Cristo, en Titana, ciudad del Peloponeso. Los sacerdotes encargados del culto a este dios de la Medicina llamábanse *asclepiades*, vale decir, en palabras castellanas, «descendientes de Esculapio». Los conocimientos que se daban a los iniciados en el sacerdocio, eran *secretos* y sus formalidades rituales muy semejantes a las de la clerecía egipcia contemporánea a la guerra de Troya.

Sabios principios regían a muchos de los medios curativos que empleaban estos empíricos. Desde luego, la edificación de los templos realizábase, por sistema, en lugares de gran belleza natural, distante de la atmósfera húmeda de la costa, en amplias mesetas, donde el aire purificado de las tierras altas respira por los verdes pulmones de un paisaje de árboles y vertientes rumorosas, gratas al buen discurrir de las ideas optimistas, incitadoras de esa euforia sensual que, andan-

do los siglos, encontraría en la «*joie de vivre*» del espíritu galo, su expresión más acabada.

A los enfermos, que acudían en tropel a estos templos-sanatorios, aplicábanseles, según fueran las características de su daño, los procedimientos más en boga de la terapéutica de aquellos tiempos: sangrías, purgas, vomitivos, series de baños térmicos y cura digestiva por medio de aguas minerales. Pero la mayor preocupación de los *asclepiades* radicaba en el plano psíquico. Las profundas convicciones implantadas por el misticismo pagano, permitían que los sacerdotes de Esculapio movilizaran en sus enfermos inmensas y misteriosas reservas, las mismas que los psicoanalistas de hoy, con mayor técnica, buscan en los abismos del Inconsciente. ¿Y qué mayor estímulo para un cuerpo o un alma doloridos que la voz benigna de un dios derramando la suavidad de sus óleos divinos en la promesa de mejorarlos?

En ese clima de profundas expectativas y fe tensas, los oráculos sagrados eran el centro nervioso de los mayores prodigios imaginables. Los enfermos no podían dudar lo que los dioses dijeran por boca de la pitonisa, mucho menos si a la palabra revelada agregábase la maravilla del espectáculo milagroso... Oíd, por vía de ilustración de mi comentario, lo que dice Sexto Aurelio Víctor, político y escritor latino del siglo IV... Refiere Víctor que «en el año 350 de la fundación de Roma, se padecía en la ciudad una peste horrible y el Senado envió una comisión de seis diputados a consultar con el oráculo de Epidauro. Llegados al templo pusiéronse a contemplar la estatua asclepiense y estaban en eso cuando salió de debajo del pedestal una enorme serpiente que les infundió miedo. Atravesó el reptil con toda tranquilidad por en

medio de la multitud y se dirigió al buque de los romanos, donde fué a colocarse en la cámara de Ogulnio, presidente de la Embajada. El buque llevó respetuosamente al animal sagrado, pero en el momento en que la nave se acercó a la ciudad de Rómulo, la serpiente se arrojó al mar y fué a instalarse a una isla del Tíber, donde se levantó un templo de Esculapio, que dió por efecto la cesación de la peste...

Estos «milagros» no podían menos que influir en forma poderosísima en el ánimo de los feligreses del Paganismo, sacudido por el miedo a la Muerte y el ansia de vivir. Estudiando las *tablas votivas*, que era costumbre colgar de las paredes o columnas de los templos—tablas cuyo uso fué importado de Egipto y en las cuales, de ordinario, se escribía el nombre del enfermo, la enfermedad que lo aquejaba y los remedios con que se había curado—a la investigación arqueológica de hoy le es fácil constatar el éxito que los *asclepiades* obtenían por estos procedimientos psicoterápicos.

Como tales *ex votos* constituyen un precioso capítulo de la arqueología clásica y un tesoro documental de primer orden que coincide con lo que sabemos, en este punto, de la medicina del Medievo, vamos a leer algunos de ellos a guisa de ilustración del tema en tapete:

«Estos últimos días, un cierto Cayo, ciego, vino a consultar al oráculo: el dios le dijo que se aproximara al altar sagrado para adorarle, que se paseara después de derecha a izquierda, que pusiera la mano sobre el altar, la levantase y la aplicase a los ojos. Al instante recobró la vista en presencia del pueblo que se regocijaba en verle bueno y en que semejantes maravillas

se hacían bajo el reinado de nuestro Augusto Antonino».

«Todos creían que se moría *Lucio* acometido de una pleuresía. El dios le mandó que tomara ceniza del altar, la mezclara con vino y se la pusiera al costado. Obedeció el mandato, se puso bueno y el pueblo le felicitaba cuando ante él le dió las gracias».

«Julián echaba sangre por la boca y parecía perdido sin remedio. El oráculo le mandó tomara piñones del altar, los mezclara con miel y los comiera durante tres días; lo hizo y se curó. Dió gracias al dios solemnemente y se marchó».

«El dios ha hecho esta declaración a un soldado ciego llamado Valerio Aper: «toma sangre de gallo blanco, mézclala con miel, has un colirio, úntate con él los ojos por tres días». El soldado lo hizo, recobró la vista y dió, públicamente, las gracias al dios» (1).

Sin embargo, esta creencia en la intervención benéfica de los dioses a favor de los simples mortales, sufre, al expandirse victoriosamente en el mundo greco-romano la religión de Cristo, una transmutación substancial. Para la creencia de los Doctores y Padres de la Iglesia, toda esa milagrería de que abundan los templos de la fe pagana, era una incuestionable martingala del Infierno; anzuelos, disfrazados de santidad, con que el antro de Satán pescaba a las almas desprevenidas para lanzarlas al fuego inextinguible. . .

No se perdió, pues, para la historia del sentimiento religioso de Occidente, lo que el formalismo de las creencias paganas tenía de ritual y esotérico; pero, eso sí, a medida que el cristianismo imponía su doc-

---

(1) Textos citados por el Dr. P. V. Renouard en: *Histoire de la Médecine . . .*; Cap. I, París, 1847.



trina, el atractivo de los mitos clásicos fué perdiendo su encanto conceptual, la belleza de su significación primitiva, para convertirse en la expresión estética y moral de lo inarmónico, de lo monstruosamente feo. Y como, según el propio Platón, la Belleza es sólo un trasunto del Bien, resulta entonces que la Fealdad que, en última instancia, es la falta de *euritmia*, es decir de medidas armónicas, comienza, *contrario sensu*, a ser considerada un trasunto del Mal. Es así como los dioses se transforman en demonios.

Ahora, junto con esta *demonización* de los mitos paganos, realizada dentro de la Iglesia Católica a parejas con la evolución de sus dogmas y el asentamiento de su teología canónica, las prácticas—*rudis indigestaque moles*—de las supersticiones pseudocientíficas que llevaban consigo, vaciáronse íntegras del lado del Reino de Satán. De este modo, cualquier prodigio que no procediera directamente de las preces a *Cristo-Dios* o a las virtudes de su gracia derramada por intervención de los Bienaventurados, apareció de inmediato sospechosa de magia... de intervención infernal. «El diablo tiene mil ardidess—escribía en 1591 Juan Munster—y sabe de muchas trampas. Válese él de predicciones, de oráculos, de pronósticos, de sueños, de profecías; del agua, de la tierra, del fuego, del aceite, del hollín que se limpia de las chimeneas; de círculos, de cristales, de toda suerte de espejos, de huesos de muertos, del canto de las aves, de adivinos, de las entrañas de las bestias degolladas y, como algunos dicen, de los cadáveres de los ahorcados. Cualquiera que se ponga a reflexionar sobre los pavorosos poderes del Demonio, no sabría sino decir de acuerdo con el mundo: el diablo no es tan negro como se le pinta; pero antes convendrá conmigo que

el Demonio, el Príncipe de las Tinieblas, es mucho más negro y escalofriante que todo lo que nosotros podríamos imaginar» (1).

Este sentir de Munster es el de casi todos los hombres de la Reforma. Pero es, quizás, Martín Lutero, la figura eje de tal movimiento cismático, el más caracterizado por su temor y alerta en presencia de las referidas argucias atribuídas al Tentador infernal. Diríase que el gran rebelde de Wittemberg sentía zumbiar en su corazón como escritas para él las palabras augurales del Evangelio: «¿Qué hay entre tú y nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a perdernos? Te conozco: tú eres el Santo de Dios» (2).

Y mientras los secuaces del Maligno huían o se doblegaban ante su presencia, las multitudes, al igual que en tiempos del Rabí, murmuraban: «¿Qué es esto? He aquí una doctrina nueva y vestida de autoridad que manda a los espíritus y le obedecen» (3).

El influjo «reformista» era abonado, además, con los poderosos nitratos de la creencia unánime en el *Anticristo* y su reinado inminente. De acuerdo con los intérpretes de la literatura apocalíptica, tras él deberían estremecerse los espacios del universo mundo al soplo que hace vibrar las trompetas de los Coros celestiales, a cuyo broncíneo toque de llamada ocurrirá, en esa hora, la resurrección de la carne. Porque es entonces cuando Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, juzgará, desde un trono de nubes, a los vivos y a los muertos, y en relación al mérito de sus

(1) Cit. de J. Jansen: *La Civilisation en Allemagne depuis la fin du Moyen Age*. T. VI, p. 430. París, 1902.

(2) Marcos: I-24.

(3) Marcos: I-27.

virtudes o a la gravedad de sus pecados, recibirán éstos ya la gloria sin fin, ya el dolor eterno...

Esta creencia en el Anticristo guarda relación, o por lo menos estrecho paralelismo, con algunas ideas dualistas de la raza semita (ideas que abundan, aismismo, en varias leyendas religiosas del lejano Oriente) simbolizadas en una dramática y cósmica batalla entre las milicias que capitanean los espíritus representativos del Bien y del Mal. A veces estas leyendas alegóricas toman un carácter político. Así, por ejemplo, en el caso del *Libro de Daniel*, en el cual la categoría que, andando los años, se le dará al Anticristo, se atribuye en un pasaje al rey sirio Antioco IV Epifanes, implacable perseguidor del pueblo judío (1).

Empapado, como el cristianismo está, de escatología judaica, no es difícil encontrar los rastros de su antiguo abolengo en las páginas de los cuatro Evangelios canónicos y, con mayor abundancia todavía, en los llamados *apócrifos*. Pero más tarde, cuando el signo de la Cruz principia a extenderse subterráneamente en la propia Roma de los Césares, la Iglesia naciente reamolda los trozos dispersos de la leyenda epifánica de acuerdo con los intereses de la revolución proselitista que ella inspira y dirige, y le da, al remozarla, una interpretación *anti crística*. Primero los judíos y después los romanos impermeables a la nueva religión, aparecen en ella como secuaces de un falso Mesías; es decir, del *Anti-cristo*.

El punto de transmutación de este proceso folklórico es la muerte de *Nerón*. Desaparecido el joven y demencial cristóforo, comienza a extenderse, para luego tomar vuelo, la sospecha que el Emperador no

---

(1) Nerón Claudio: LVII.

ha muerto. Suetonio y Tácito recogen la objetividad de esta creencia. «Hubo ciudadanos—dice aquél—que mucho tiempo después de su muerte, adornaron su tumba con flores de primavera y de estío, llevaron a la tribuna retratos suyos, representado con toga pre-texta, y que leyeron edictos en los que el Emperador hablaba como si viviese aún y hubiese de llegar muy pronto para vengarse de sus enemigos. Volegoco, rey de los Parthos, habiendo enviado embajadores al Senado para renovar su alianza, pidió sobre todo que se honrase la memoria de Nerón. En fin, veinte años después, durante mi juventud, un aventurero, jactándose de ser Nerón, se formó entre los Parthos, a favor de este nombre que tan querido les era, poderoso partido, y solamente con gran trabajo nos lo entregaron» (1).

Tácito, por su parte, afirma que fueron muchos los que después de la muerte de Nerón—que era contada de diversas maneras—dábanse por la persona del Emperador y que eran numerosos los que creían en el embuste (2). Después del siglo V, la figura de Nerón se enriquece con abundancia de detalles humanos para pulverizarse, al mismo tiempo, como personaje de la leyenda anticristica que forjaron los catecúmenos de la Iglesia de Occidente. Así pulverizada encárnase en una multitud de mitos infernales. Pero al empalidecer, en esta segunda parte, el arreglo y adaptación de las profecías de Daniel, la evolución folklórica del mito neroneano se precipita en otro cauce. Este cauce es el odio heterogéneo que el judaísmo comienza a despertar en las nuevas agrupaciones religiosas del cristianismo triunfante, fuera de los pueblos de las diásporas semíticas.

(1) Nerón Claudio: LVII.

(2) *Hist.*: II, 8.

En tiempos de las invasiones del Islam y posteriormente de las cruzadas, esta malquerencia profunda pasa a indiferenciarse con la que produjeron en la Europa cristiana los feligreses de Mahoma. Más, a partir del siglo XIV, después de la Bula de Clemente V, *Exivi de paradiso*, de 6 de mayo de 1312, y de la Bula de Juan XXII *Quorumdam exigit*, de 7 de octubre de 1317, la pequeña pero enérgica oposición franciscana que se forma dentro de la comunidad de los Hermanos Menores, partidaria de la extrema pobreza predicada por el Santo de Asis, fundador de la Orden, viene a sumarse como factor *interpretativo* al arrastre de animadversiones mutuas que mueven los intereses de las políticas imperantes. De todo lo que ocurre hay que echarle la culpa al más responsable. Y ese más responsable no puede ser otro que el Papa. ¿No se cumplen en él y su cohorte las profecías que anuncian al Anticristo, a quien, según los intérpretes de la oposición franciscana, *todas esas gentes* sirven?

¡Es indudable—pensaban los enemigos de la política vaticana—que los tiempos que vivimos son los señalados por la angustia de los profetas! Sin embargo, debo decir que la «oposición» franciscana a que se abandonara el cumplimiento del voto de extrema pobreza, existió siempre; existió aún en vida del Santo patrono, luego que éste emprendió viaje a Egipto y los encargados por él de la disciplina y dirección de la Orden principiaron a innovar. Tales controversias y disgustos subieron de color después de la muerte de Francisco y se fueron agudizando—en algunas oportunidades con el mayor escándalo—año tras año. Pero en el siglo XIV, a consecuencia de las medidas pontificias tomadas en contra de los rebeldes, cuando los adversarios de que siguiera prosperando el mundanismo dentro de la comunidad franciscana fueron pues-

tos al margen de la Orden de los frailes menores, aquéllos tomaron habilidosamente una actitud enjuiciadora en contra de la propia Silla apostólica. Son los franciscanos «protestantes» los que, en aquel entonces, echan a correr la especie de que es en la objetividad del Papado romano donde se cumplen las señales proféticas anunciadoras de la venida del Anticristo.

Ahora bien, en el siglo XV, cuando suena la hora de la Reforma, Lutero se apropia de estas ideas y declara artículo de fe que el Papa es el Anticristo. Y si el Pontífice Máximo es el opositor (aquí vale decir: *el Demonio*) de la clara doctrina del Cordero, el alma de la Protesta e inspirador de la Reforma será, *contrario sensu*, el predestinado paladín a quien Dios mismo ha otorgado la facultad de vencerlo.

En la biografía del ex fraile agustino esta lucha imaginaria con el Demonio y con los secuaces del Príncipe de las Tinieblas es, quizás, uno de los capítulos más extraordinarios y sugestivos de su dramática existencia de Caudillo religioso.

Debo repetir aquí algo que he dicho y he vuelto a recalcar en el curso de esta lectura: no estoy refiriéndome a casos de supersticiones aisladas, sino a un estado mental que se extiende, primero, a lo largo de toda la historia de los siglos Medios; y, después, ya en progresiva decadencia, hasta los límites mismos de la Edad Contemporánea. Pero esto no sólo en las bajas capas del orden social imperante a través de tales sucesivas centurias, sino, asimismo, hasta en las *élites* más refinadas y cultas de la Europa renacentista. No obstante es, sin duda, en este siglo XV de los tiempos de Lutero, cuando la figura simbólica de Satán adquiere su mayor importancia.

(Continuará)